

Reflexión sobre el conflicto maquiaveliano



Juan Pablo Ortega

Es magister en Filosofía por la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ). Docente de terciario en el Instituto Superior de Formación Docente N° 129 de Junín (I.S.F.D N°129). Ha publicado en diferentes revistas nacionales e internacionales, entre ellos “La igualdad de oportunidades enmascara desigualdad” en *Stultifera Navis* y “La legitimidad del Príncipe nuevo” en *Divulgatio*. Sus líneas de investigación se vinculan al conflicto maquiaveliano como potencialidad de la República.

Resumen

En el presente trabajo se examina el conflicto maquiaveliano en su relación con la República. El objetivo reside en analizar la influencia del conflicto positivo sobre la República. La indagación puso de manifiesto que la positividad del conflicto es condición de posibilidad de la ley, de la libertad y, esencialmente, de la potencialidad. En cambio, el conflicto negativo, dominado por la *sette*, produce impotencia en la República, cuyo fin es su muerte.

Introducción

Técnicamente, Maquiavelo no debería ser interpretado como un pensador *de* lo político, sino *en* lo político. Su perspectiva de análisis no reside en la estricta contemplación de lo que acontece como fenómeno político, pues la proposición *en* revela el posicionamiento dentro de un ámbito donde se involucra la refundación y la significación de un nuevo fundamento de lo político, por medio de la *verità effettuale della cosa*.¹

En esta nueva significación sobre el fundamento lo político implica una tensión conflictiva entre quienes desean dominar y quienes desean no ser dominados. Basado en ello, Maquiavelo se propone analizar qué papel juega tal conflicto en la República.

Las dos vertientes que Maquiavelo proporciona sobre el conflicto son: una positiva que produce potencialidad en la República y otra negativa que provoca destrucción. Para ello indaga en el fundamento de lo político, en su relación con la República y su versión negativa.

Este análisis que Maquiavelo proporciona sobre el conflicto en relación con la República es significativo para repensar la tensión conflictiva que atraviesan las sociedades democráticas. La crisis de la democracia actual lleva a poner en interrogante la visión, por un lado, de un Estado que no representa a todos los sectores y, por otro lado, que es incapaz de canalizar correctamente el conflicto. De esta forma, repensar al conflicto maquiaveliano en sus versiones positiva y negativa es relevante en vistas de algunos problemas contemporáneos, a saber: ¿cómo reformular las instituciones democráticas para lograr canalizar la tensión conflictiva de la sociedad?, ¿cómo evitar que el conflicto devenga en una lucha mezquina y facciosa?

¹ Maquiavelo, N. *El Príncipe*, Montevideo, Nordan comunidad, (s.f.), p. 138.

El nuevo comienzo: el conflicto como fundamento de lo político

Maquiavelo decide instaurar un nuevo comienzo en la reflexión política: “pensar lo posible en el límite de la imposibilidad”.² Este nuevo pensar se mueve fundamentalmente en el ámbito de lo inasible; o sea, en pensar “las condiciones de posibilidad de la existencia de lo que aún no existe, es decir, de pensar el comienzo”.³ Este pensar originario oscila entre el presente a punto de ser clausurado y la indeterminación del futuro. Precisamente es aquí, en este espacio diferencial, donde se juega esencialmente lo político, entre un constante retorno de lo mismo a una apertura absoluta de lo porvenir.⁴ Desde esta perspectiva, Maquiavelo está obligado no sólo a criticar e interpretar lo político, sino principalmente a construir y reconstruir un nuevo mundo de significaciones. Analizaremos este nuevo comienzo mostrando cómo Maquiavelo instaura el fundamento de lo político.

En las páginas iniciales de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Maquiavelo nos muestra que se ha aventurado por un camino que nadie ha recorrido aún, como aquel que se embarca a tierras desconocidas en busca de agua, y que tal empresa le costará muchas dificultades; pero a su vez, una gran satisfacción que beneficiará no sólo a la posteridad, sino también a aquellos que consideren cuál es el fin verdadero de su trabajo,⁵ reformulando lo político a partir de un modelo proveniente de los antiguos. En este sentido, desarrolla un cambio metodológico que consiste en renovar la lectura sobre la Historia y en repensar el concepto de lo político.

² Althusser, L. *Maquiavelo y nosotros*, Madrid, Ediciones Akal, 2004, p. 90.

³ Althusser, L. *Curso sobre Rousseau*, Editorial Nueva Visión, 2013, p. 37.

⁴ Cfr. Domínguez, E. La lección de Maquiavelo. Louis Althusser hacia resemantización de la política, *Astrolabio. Nueva época* 14, Córdoba, CONICET y Universidad Nacional de Córdoba, 2015, p. 343.

⁵ Cfr. Maquiavelo, N. *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Editorial Alianza, p. 31.

El primer cambio metodológico replantea la noción de imitación, pues ya no puede ser algo repetitivo ni mimético, sino un descubrimiento con la intención de poder captar el verdadero sentido tanto del pasado como del presente. Será necesario pues descifrar su sentido, sólo posible si se comprenden los hechos. Entonces, la imitación comprende la acción de correrse del juicio erróneo para poder llegar a tener un conocimiento verdadero y certero sobre lo que acontece en los hechos del pasado, del presente y del futuro. Por consiguiente, esta nueva concepción sobre el concepto de imitación radica en lograr un nuevo método experimental a través del cual se realizan comparaciones de los acontecimientos antiguos y modernos con el fin de lograr un conocimiento verdadero de la Historia. En palabras de Althusser:

Maquiavelo, para constituir su teoría experimental de la historia y de la política, se atribuye el derecho de hacer comparaciones entre <<los acontecimientos y las coyunturas>> pasadas y presentes. Se otorga este derecho por mor de su tesis del curso inmutable de las cosas y de los hombres, razón por la cual se siente autorizado a hablar de los Antiguos. Es un derecho universal. Pero la Antigüedad que él invoca no es la Antigüedad universal, sino aquella *de la que se habla*: para poder recurrir a esa Antigüedad, la acepta primeramente y la rechaza en un mismo movimiento. De esta negación surge la determinación: a saber, la Antigüedad política, la de la práctica política, la única a partir de la cual puede establecerse una relación de comparación teórica con el presente político para permitir la comprensión del presente, la definición del objetivo político y los medios de la acción política.⁶

El segundo cambio metodológico que Maquiavelo propone consiste en poner de manifiesto el fundamento de lo político cobrando todo su sentido y en quebrantar la distancia entre lo político y la política.

Maquiavelo piensa lo político en un ámbito puramente terrenal atándolo a las vicisitudes de la fortuna y del tiempo. De modo tal que lo político ya no se entiende bajo una especulación contemplativa, sino a partir de la *verità effettuale della cosa*. Significa que lo político se repliega a una política que considera la verdad efectiva de las cosas. Donde reside la verdad de su enseñanza es en el capítulo XV del *Príncipe*, que reza lo siguiente:

Resta ahora ver cuáles deben ser los modos y conductas de un príncipe con los súbditos y con los amigos. Y como sé que muchos han escrito sobre esto, temo ser considerado presuntuoso al escribir también yo, especialmente apartándome en el examen de esta materia de los criterios de los demás. Pero como mi intención es escribir algo útil para quien lo entiende, me ha parecido más conveniente ir detrás de la verdad efectual de las cosas que de la imaginación de ellas. Y muchos se han imaginado repúblicas y principados que nunca han visto ni conocido en realidad, porque de cómo se vive a cómo se debería vivir hay tanta distancia, que quien deja lo que se hace por lo que se debería hacer aprende antes su ruina que su preservación; porque un hombre que quiera hacer profesión de bueno en todo lo que hace tiene que arruinarse, entre tantos que no son buenos. Por lo cual un príncipe que quiera mantenerse tiene que aprender a poder no ser bueno, y usarlo o no usarlo según la necesidad.⁷

Bajo esta declaración, Maquiavelo se sitúa por fuera del discurso humanístico. Su ruptura va dirigida exclusivamente a toda teoría política entendida bajo presupuestos teológicos y metafísicos. Su mirada de lo político pretende hacer legible la mundanidad de la sociedad y de las instituciones, donde lo político se repliega en la realidad más llana de todas.

Asimismo, lo político se encamina a separarse de la idea clásica de virtud para orientarse a la acción política de los hombres y no a detenerse en el mero deber ser. En-

⁶ *Op. cit.*, 2004, p. 80.

⁷ *Op. cit.*, p. 139.

tonces, examinar la virtud de los antiguos no radica en el placer y elogios de eruditos, sino en combinar la virtud con la acción política. Por eso, a Maquiavelo no le interesan las virtudes como opuestas a los vicios, sino la *virtù*, una fuerza que hace que el hombre resista los embates de la fortuna y realice una mejor acción en la arena política. Por ende, lo político concedido a partir de la *verità effettuale della cosa* pretende reducir toda virtud al plano de la necesidad, como también de la creencia natural de la sociedad, para anclarla a las instituciones y al plano de los acontecimientos de la historia y la fortuna. Entonces, si se concibe lo político a partir de la *verità effettuale della cosa*, ¿en qué radica su fundamento?

En su análisis sobre los discursos de los filósofos y de los historiadores encuentra una ilusión: tanto en los conceptos sobre el bien común, la concordia y la igualdad ante ley se oculta un pensamiento y una sabiduría procedentes de la clase dominante. Entonces, Maquiavelo hace patente una verdad partiendo de la idea de la desigual condición de los hombres. Esta desigualdad se hace presente a partir de dos humores: el de los Grandes, cuyo deseo es dominar, y el del Pueblo que no quiere ser dominado. Maquiavelo señala lo siguiente:

[...] en toda ciudad se encuentran esos dos humores distintos, y esto es porque el pueblo desea no ser mandado ni oprimido por los grandes, y los grandes desean mandar y oprimir al pueblo, y de esos dos apetitos distintos nace en las ciudades uno de los tres efectos: o principado o libertad o licencia.⁸

De igual manera lo hace en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, escribe: “[...] en toda república hay dos espíritus contrapuestos: el de los grandes y el del pueblo, y todas las leyes que se hacen en pro de la libertad nacen de la desunión entre ambas [...]”.⁹ De manera que Maquiavelo relaciona y asocia la cuestión de lo po-

lítico con la división de los *umori*. Tal asociación se manifiesta en el hecho de que la división de los deseos es constitutiva de lo político.

En este sentido, para Maquiavelo, la oposición entre los dos humores parece ser el núcleo último, irreducible e imposible de descomponer en alguna cosa más simple y, por lo tanto, en toda sociedad política existen estos dos humores completamente insaciables. Ambos se oponen, pero se necesitan mutuamente, pues encuentran su razón de ser en el otro. En palabras de Molina:

Ambos se oponen, pero ninguno se da sin el otro; se requieren mutuamente porque “el sujeto que surge en un polo del deseo encuentra en el otro, aboliéndose en él, su doble.” Ambos encuentran su razón de ser en el otro; en ambos es reconocible la carencia, la falta que lo constituye frente al otro. [...] Deseo de dominar y deseo de no ser dominado son irreducibles el uno al otro.¹⁰

Estos dos humores, de no ser oprimidos como el deseo de oprimir, nunca pueden ser suprimidos. Para Maquiavelo no existe una solución última al problema político y, por lo tanto, es imposible pensar una sociedad que se libere de tal división. La existencia de esta división originaria se encuentra siempre determinada por la oposición —los Grandes que quieren dominar y el Pueblo que no quiere ser dominado—, oposición que adquiere una relación primordial, cuyo vínculo consiste en enfrentarse, oponerse, entrar fundamentalmente en conflicto. Por lo tanto, es necesario comprender que la división de los deseos es algo inherente a lo político.

Ahora bien, en la ficción republicana de los pensadores clásicos y de los renacentistas, la República aparece como el régimen que reconoce la igualdad ante la ley, como igualdad de principio. No obstante, la tesis ma-

⁸ *Op. cit.*, 2004, p. 99.

⁹ *Op. cit.*, 2015, p. 47.

¹⁰ Molina, E. Claude Lefort: democracia y crítica del totalitarismo, *Enrahonar. Quaderns de filosofia*, 48, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, 2012, pp. 46-66.

quiaveliana los coloca en desigualdad, en cuanto que los Grandes quieren dominar y el Pueblo no quiere ser dominado; aquella ficción republicana de la igualdad ante la ley se enfrenta, entonces, con los efectos de una división social y se manifiesta bajo un perpetuo conflicto y tensión. Por otro lado, lo que hace que los Grandes sean grandes y el Pueblo sea Pueblo, no consiste ni en la fortuna, ni en las costumbres, ni muchos menos en un estatus, sino que su existencia se determina en que unos desean mandar y oprimir, y los otros no desean ser mandados ni oprimidos. La oposición entre ambos implica, entonces, una desigualdad que se manifiesta en que unos quieren satisfacer sus apetitos y los otros quieren protección.

Maquiavelo se eleva más allá de las opiniones de sus contemporáneos afirmando esencialmente que aquellos que condenaron la discordia entre los Grandes y el Pueblo, en realidad, estaban atacando la verdadera causa que llevó a Roma a constituirse como ciudad libre; tan sólo habrían examinado equivocadamente el fenómeno mismo de los tumultos y no sus efectos positivos. El autor invierte la cuestión estableciendo que las leyes que son producto de la discordia entre estos dos humores son la condición de posibilidad de la más plena libertad de los pueblos. La ley ya no aparece como aquella que media o regula la libertad, sino que en cuanto tal aparece unida a la desmesura, porque gracias a aquella enemistad entre el Pueblo y el Senado se originaron leyes en favor de la libertad. Entonces, la fecundidad de la ley y de la libertad pende fundamentalmente del conflicto entre estos dos humores; por ende, en esta forma de concebir el conflicto, encontramos la ley y la libertad ante la presencia de un "círculo virtuoso".

Ahora bien, en cuanto a la diferencia entre lo político y la política, encontramos en Maquiavelo una dificultad a la hora de precisarla, porque no existe un acuerdo patente entre los teóricos de la política al momento de brindarnos la significación de estos dos términos. Chantal Mouffe señala que dicha distinción puede ser tomada a partir

de dos categorías de análisis siguiendo la reflexión de Heidegger: lo óntico y lo ontológico. La política se identificaría así con el nivel óntico y se relacionaría con las prácticas de la política convencional, mientras que lo político pertenecería al nivel ontológico y haría referencia a los modos en que se funda la sociedad. Esta última categoría de análisis deja abierta la posibilidad de desacuerdos entorno al propio concepto de lo político y, gracias a ello, Mouffe lo considera como una dimensión especialmente receptiva del antagonismo constitutivo de toda sociedad, mientras que la política se constituye como la dimensión de prácticas cuya finalidad es crear un cierto orden en la sociedad a través de leyes.¹¹ De este modo, aunque la reflexión sobre lo político y la reflexión sobre la política son distintas, ambas coexisten y se entrelazan: "el análisis de las formas de sociedad política induce, pues, al examen de las formas de acción y viceversa."¹² Este es el caso de Maquiavelo. En palabras de Lefort:

En Maquiavelo, precisamente, no hay separación entre lo que sería el objeto noble del pensamiento —lo político— y lo que sería el objeto trivial —la política—. [...] La cuestión tiene que ver con el hecho de que lo político y la política se entrecruzan y se distinguen a la vez.¹³

En resumen, lo político en Maquiavelo se apoya fundamentalmente en el reconocimiento de la perpetua división social y en la asimetría de estos dos humores enfrentados. Su lógica, anclada en la contingencia y en el conflicto, produce como consecuencia el rechazo a una sociedad basada en la concordia y en la reconciliación, producto de la paz social y del imaginario de una sociedad fundada acorde a la naturaleza.

¹¹ Cfr. Mouffe, Ch. *En torno a lo político*, Buenos Aires, Editorial Fondo de cultura económica, 2007, p. 16.

¹² Cfr. Lefort, C. *El arte de escribir y lo político*, Barcelona, Editorial Herder, 2007, p. 275.

¹³ Cfr. Lefort, C. *Maquiavelo. Lectura de lo político*, Madrid, Editorial Trotta, 2010, p. 571.

Una vez puesto en evidencia que el fundamento de lo político se basa en el conflicto, debemos entender qué papel juega la perpetua división en la República.

República y conflicto

Maquiavelo es un autor que no se interesa exclusivamente por el origen del Estado, pues presupone que los hombres se encuentran inmersos en la trama social y la vida colectiva. ¿Qué tipo de República le interesa a Maquiavelo? Al final del capítulo II de los *Discursos*, el autor propone una innovación:

Pero volvamos a Roma, la cual, aunque no tuvo un Licurgo que la organizase, en sus orígenes, de manera que pudiera vivir libre mucho tiempo, fueron tanto los sucesos que la sacudieron, por la desunión existente entre la plebe y el senado, que lo que no había hecho un legislador lo hizo el acaecer. [...] Y tan favorable le fue la fortuna, que, aunque pasó de la monarquía y la aristocracia al poder popular [...] no por eso se arrebató toda la autoridad a la corona para darla a los nobles, ni se anuló enteramente la autoridad de los nobles para darla al pueblo, sino que, permaneciendo mezclada, compusieron una república perfecta, llegando a esa perfección gracias a la desunión entre la plebe y el senado.¹⁴

El efecto nos lleva a pensar que la República que Maquiavelo propone parte de una idea de conflicto anterior que no tiene la característica de ser negativo, ni mucho menos tiene que ser suprimido, sino que posee un carácter puramente positivo. Si bien inmediatamente después de esbozada la primera aclaración establece que, gracias al conflicto producido entre los Grandes y el Pueblo, se forja en Roma una constitución mixta, el acento está puesto en el conflicto.

El antagonismo entre los dos humores aparece de alguna manera como el componente esencial y primario de la sociedad política: "Se ve fácilmente, si se consideran las cosas

presentes y las antiguas, que todas las ciudades y todos los pueblos tienen los mismos deseos y los mismos humores, y así ha sido siempre."¹⁵ Cada una de estas clases se determina en cuanto a su oposición, en cuanto que existe entre ellos una relación esencial; relación que se hace patente cuando se enfrentan, cuando están en conflicto. De esta forma, no existe una supresión del conflicto; el deseo de no ser dominado no puede encontrar un cauce satisfactorio y el deseo de dominar nunca puede ser suprimido, aunque la ley lo contenga. Para Maquiavelo, la solución al problema político es insuperable. Por consiguiente, podemos establecer, siguiendo a Lefort, que ninguna sociedad puede liberarse de la división primigenia.

Así pues, para repensar una República es necesario recalcar que ella misma nunca asegura una armonía en la sociedad, sino que la sociedad misma siempre se encuentra dividida en tensión conflictiva constante entre los que tienen el deseo de dominar y los que tienen el deseo de no ser dominados. Esa tensión no destruye la vida social ni la República, sino que la vivifica constantemente. De tal forma, lo que desvela es la relación que mantienen la ley, la libertad y la potencialidad, entendida ésta última como la capacidad vivificante y creadora de la República.

Maquiavelo despliega así su hipótesis fundamental: la relación entre la ley y la libertad se da a partir de la desunión entre los Grandes y el Pueblo, no bajo una forma particular de gobierno. El florentino pone en evidencia que el conflicto no es negativo; al contrario, es positivo. El antagonismo entre los dos humores aparece como el componente primario y esencial de toda sociedad, determina siempre en cuanto a su oposición. Entonces, no existe una supresión del conflicto, porque el deseo de dominar nunca se suprime y el deseo de no ser dominado no encuentra su cauce. Por ende, la tensión conflictiva aparece como la condición de posibilidad de la ley, la libertad y la potencialidad.

¹⁴ *Op. cit.*, 2015, pp. 44-45.

¹⁵ *Ibidem*, p. 150.

Por consiguiente, Maquiavelo concibe a la República como superior a los otros regímenes en cuanto que se encuentra abierta al movimiento. Este movimiento implica poder ser constante, una potencialidad que, al experimentar el desequilibrio a causa de la tensión conflictiva entre aquellos que tienen el deseo de dominar y aquellos que tienen el deseo de no ser dominados alcanza la mayor permanencia; como dice Lefort: “experimentando la inestabilidad consigue obtener la mayor estabilidad.”¹⁶ Entonces, aquí hallamos la relación entre el conflicto y la potencialidad, la que se manifiesta en el hecho de que el conflicto lleva en su interior la potencialidad; un poder ser que no sólo vivifica a la República, sino que también, la crea constantemente: en esto consiste la apertura al movimiento.

Ahora bien, Maquiavelo nos revela que cuando el conflicto responde a intereses puramente privados, encerrado en cuestiones partidarias, clanes, etc., el conflicto pasa de ser positivo a negativo. Esto trae como consecuencia la destrucción de la República, en provecho de intereses individuales. Entonces, en la siguiente sección analizaremos esta nueva vertiente del conflicto.

El conflicto negativo

En el texto de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* encontramos una preponderancia positiva del conflicto que lleva a la República a gozar de plena libertad y poder. Sin embargo, más tarde, en el período que comprende entre 1520 y 1525, cuando escribe *Historia de Florencia*, hallamos un Maquiavelo que parece haber abandonado la evaluación positiva del conflicto por una estimación negativa del mismo; o sea, parece haber adoptado la tradición del pensamiento político renacentista, donde la discordia es la causa de la corrupción y del mal gobierno, que en los *Discur-*

sos había roto. Sin embargo, en esta aparente contradicción, Maquiavelo manifiesta una nueva forma de entender el conflicto. En el prólogo de la *Historia de Florencia*, escribe:

Si el ejemplo de cualquier república es capaz de mover, mucho más mueve y mucho más útil son los que se refieren a la propia patria. Y si en alguna república fueron célebres esas divisiones, en la de Florencia son celeberrimas, pues mientras que la mayor parte de las otras repúblicas de que tenemos noticia se han contentado con una sola división gracias a la cual, según las circunstancias, han engrandecido unas veces y han arruinado otras su propia ciudad, Florencia, no contenta con una sola, ha promovido muchas.

En Roma, como todo el mundo sabe, una vez que fueron expulsados los reyes, nació la desunión entre nobles y plebeyos, y en esa división continuó la ciudad hasta su ruina. Lo mismo hizo Atenas y lo mismo hicieron todas las repúblicas que en aquellos tiempos florecieron. Pero, por lo que respecta a Florencia, primero se desunieron entre sí los nobles, luego los nobles y el pueblo y, por último, el pueblo y la plebe. Y muchas veces sucedió que una de estas partes, al quedar vencedora, se dividió también en dos. De esas divisiones se siguieron tantas muertes, tantos entierros, tantas ruinas de familias, como no hubo jamás en ninguna otra ciudad de la que se tenga memoria.¹⁷

Maquiavelo presenta en este prólogo una imagen turbia sobre la situación del conflicto en Florencia. Pero además de eso, presenta una comparación en referencia a la situación romana sumamente distinta a la versión que planteaba en los *Discursos*. En esta nueva versión pareciera seguir a los pensadores de su tiempo, donde ya no ve al conflicto en Roma como la causa y fundamento de la libertad, sino como la causa fundamental de la ruina, la cual se hace patente también en Florencia.

¹⁶ *Ibidem*, 2010, p. 577.

¹⁷ *Op. cit.*, 2009, p. 24.

En el prólogo del Libro III de la *Historia de Florencia*, Maquiavelo reintroduce el antagonismo entre los Grandes y el Pueblo. Aquella enemistad, aquellos humores, existen en toda ciudad; al ser naturales, son inevitables, insuprimibles e incluso hasta legítimos. Sin embargo, el autor establece que esas dos posturas antagónicas “son la causa de todos los males que surgen en las ciudades, ya que todas las demás cosas que perturban la paz de las repúblicas se nutren de esa diversidad de sentimientos.”¹⁸

Desde esta perspectiva, Maquiavelo entabla una comparación entre la República romana y la florentina, recordándonos que aquellas enemistades entre los Grandes y el Pueblo producen diversos efectos. Las primeras rivalidades entre los nobles y el pueblo en Roma se resolvieron a través de discusiones; mientras que en Florencia terminaron en luchas. En Roma concluyeron con una ley; en cambio, en Florencia, con exilios y muertes de muchos ciudadanos. En Roma el conflicto se canalizaba a través de las instituciones; en Florencia no se tramitaba mediante ellas y, por eso, culminaban en situaciones violentas. El pueblo romano pretendía gozar de los honores conjuntamente con los nobles, mientras que los habitantes de Florencia combatían por estar sólo en el gobierno, sin ninguna participación de los nobles. Dado esto, la nobleza romana otorgó la petición del pueblo sin entablar ninguna violencia, mientras que, en Florencia, la nobleza se preparó para defenderse, conduciendo así, al derramamiento de sangre y al exilio. Después de estos conflictos, las leyes y sus reformas introducidas en Roma, se hicieron en favor del bien común, pero en Florencia sólo en favor de los vencedores: “las leyes que luego se creaban no estaban orientadas al bien común, sino que todas se dictaban en beneficio del vencedor.”¹⁹ En Roma el acceso del pueblo al gobierno hizo que ellos mismos se asimilaran a los nobles, asumiendo la virtud y el com-

promiso militar; en cambio, en Florencia, para que los nobles sean admitidos en el gobierno debían convertirse en hombres del pueblo, no sólo en apariencia, sino en la realidad, asumiendo su comportamiento y estilo de vida.

Ahora bien, en la introducción al Libro VII de la *Historia de Florencia*, Maquiavelo concibe una forma nueva de ver al conflicto. De esta manera, señala que escribir una historia de Florencia exige no prescindir de narraciones sobre sucesos de otros pueblos; si hiciéramos esto, la historia sería ininteligible y menos grata. Después de esta manifestación, comienza a examinar de una manera muy aguda e incisiva esta nueva forma derivada del conflicto:

Quiero decir, ante todo, demostrándolo como es mi costumbre, que todo aquel que se haga ilusiones de que una república pueda mantenerse absolutamente unida se engaña mucho en esa esperanza.

Es también cierto que hay divisiones que son perjudiciales para las repúblicas, pero que hay otras que son beneficiosas. Resulta perjudiciales las que van acompañadas de *sètte* o partidismos, mientras que son beneficiosas las que los evitan.²⁰

En la primera parte de este párrafo, Maquiavelo manifiesta dos cuestiones fundamentales que, si no examinamos con detenimiento, pueden pasar desapercibidas. La primera consiste en que no ha renegado de su metodología de análisis de lo político. Por otro lado, su mirada de lo político conduce a analizar la realidad política e histórica bajo el presupuesto del conflicto.

Sin embargo, ya en el segundo párrafo, Maquiavelo desarrolla una nueva vertiente del conflicto. Tal vertiente, se configura a partir de lo que Maquiavelo denomina *sètte*, que son divisiones que no entran en la categoría de los humores, sino que son sectas o facciones como familias, grupos de clientes, clanes, etc.

¹⁸ *Ibidem*, p. 141.

¹⁹ *Ibidem*, p. 142.

²⁰ *Ibidem*, p. 352.

Las *sètte* son muy diferentes a los humores. Estos últimos son de carácter natural e inevitable y pertenecen a toda sociedad, producto de la división originaria entre los Grandes y el Pueblo. Si los humores se canalizan y se controlan por vías institucionales, pueden conducir a la igualdad y al bien común. En cambio, los *sètte* son simplemente luchas de poder evitables, “aunque el fundador de una república no pueda evitar en que en ella haya discordias, debe por lo menos procurar que no existan *sètte*.”²¹

Ahora bien, para comprender esto es necesario distinguir la adquisición de poder por la vía pública y por la vía privada. El poder que se adquiere a través de la vía pública se consigue por medio de acciones que se realizan en representación de toda la República, y por el bien común, dentro de las instituciones. Por ejemplo: “Se consigue fama pública ganando batallas, conquistando fortalezas, desempeñando embajadas con celo y con prudencia o proporcionando a la república sabios y eficaces consejos.”²² La adquisición del poder por la vía privada se realiza fuera o en contra de las instituciones de la República, asegurando el apoyo de una o más partes de los ciudadanos, con la condición de que estos mismos sean retribuidos por los favores realizados. “Privadamente, se consigue fama —por ejemplo— haciendo favores a éste y aquél otro ciudadano, defendiéndolos contra la arbitrariedad de los magistrados, socorriéndolos económicamente, concediéndoles honores no merecidos, y ganándose a la plebe con festejos y dádivas públicas.”²³ A partir de estas acciones, un líder político crea grupos o bandos que se definen como tales por la búsqueda de intereses privados. De esta manera, las *sètte* buscan obtener el poder no para direccionar los recursos de la República hacia el bien común, sino para su propio beneficio.

Por lo tanto, el papel de las *sètte* en la caída de Florencia se ve manifiesto en el discurso que entabla un ciudadano frente a los señores de la ciudad que Maquiavelo relata de la siguiente manera:

La verdad es que en las ciudades de Italia se acumula todo lo que puede ser corrompido y todo lo que puede corromper a los demás. Los jóvenes son holgazanes, los viejos son lascivos y en todo sexo y edad abundan las malas costumbres, a lo que son incapaces de poner remedio las buenas leyes, porque su mala aplicación las desvirtúa. De aquí nace esa avaricia que se observa en los ciudadanos, ese afán no de verdadera gloria sino de censurables honores, que origina odios, enemistades, rivalidades y *sètte* que, a su vez, son causa de muertes, de destierros, de opresiones contra los buenos y de encumbramiento de los malos. Porque los buenos, confiados en su propia honradez, no buscan, como los malos, quien los defienda al margen de las leyes, ni pretenden honores y, de esa manera, van a la ruina sin que nadie los defienda ni los aplauda. Esto origina la afición a los partidos y la fuerza de estos mismos, ya que, si a los malos les mueve la avaricia y la ambición a buscar esos partidos, los buenos se ven también precisados a hacerlo por necesidad. Y lo más doloroso es ver cómo los promotores y jefes de tales facciones enmascaran sus fines y sus intenciones con una palabra sagrada, ya que, siendo, como sin todos, enemigos de la libertad, la aplastan realmente, aunque fijan defenderla bajo las apariencias de un régimen aristocrático o de uno democrático. Y lo que pretenden, como premio de su victoria, no es la gloria de haber dado la libertad a su ciudad sino la satisfacción de haber vencido a los otros y haberse hecho con el poder, por muy injusta, cruel y ambiciosa que ella sea. Y así, dictan órdenes y leyes no en pro del bien público sino para su personal provecho; y lo mismo las guerras que las paces o que las alianzas se hacen, no para la gloria de todos, sino para satisfacción de pocos.²⁴

²¹ *Ídem.*, p. 352.

²² *Ibidem*, p. 353.

²³ *Ídem.*, p. 353.

²⁴ *Ibidem*, p. 147.

Por consiguiente, Maquiavelo muestra que el conflicto puede derivar en una vertiente puramente negativa cuando se ancla en las luchas individuales y que aspiran al poder sólo para satisfacer sus propios intereses. Esta forma derivada del conflicto nos pone ante la presencia, no ya de un “círculo virtuoso”, sino más bien, de un “círculo vicioso” que no produce otra cosa más que la degradación y la destrucción de la propia República. En este último caso, la potencialidad que veíamos bajo la noción del conflicto en su estado positivo cuya capacidad fundamental consistía en vivificar y crear a la República empieza a carecer de fuerza, hasta el punto de desaparecer y transformarse en impotencia, en incapacidad de poder ser, en la muerte de la República.

Conclusión

En una primera instancia Maquiavelo instauró un nuevo comienzo en el que estaba obligado a pensar lo posible en el límite de lo imposible. Pudimos advertir que en toda sociedad existía un perpetuo conflicto, una división originaria entre aquellos que desean dominar y oprimir y aquellos que desean no ser dominados ni oprimidos. Lo político, por consiguiente, comenzaba a tener un nuevo sentido vinculado fundamentalmente al conflicto.

En una segunda instancia, una vez demostrado que lo político se relacionaba con el conflicto y no con la concordia, reconstruimos y examinamos la concepción que Maquiavelo tenía de la República, la libertad, la ley y la potencialidad. De esta manera, detectábamos que el autor rompía con la idea de República establecida por clásicos y contemporáneos. Tal ruptura se debía a una apreciación del conflicto entre la desunión de aquellos que tenían el deseo de dominar (Grandes) y aquellos que tenían el deseo de no ser dominados (Pueblo). Estos dos componentes eran esenciales y primarios de la sociedad política en cuanto que cada uno se determinaba por su opuesto, y que se relacionaban en el momento en que

se enfrentaban debido al conflicto. En este análisis encontramos que la República pensada por Maquiavelo siempre se encontraba bajo una tensión conflictiva que no destruía la vida social y la República, sino que la vivificaba constantemente.

Sin embargo, a la hora de analizar el concepto del conflicto en Maquiavelo, hallábamos una contradicción. En *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* encontramos una preponderancia positiva del conflicto que llevaba a la República a gozar de plena libertad y poder. Sin embargo, en *Historia de Florencia* hallábamos un Maquiavelo que parecía haber abandonado la evaluación positiva del conflicto por una estimación negativa del mismo. Analizamos que no se trataba de contradicción, sino de diferencias. Maquiavelo muestra que el conflicto podía derivar a una vertiente puramente negativa cuando se anclaba en las luchas individuales y que aspiraban al poder sólo para satisfacer sus propios intereses. Por eso, esta forma derivada del conflicto nos ponía ante la presencia, no ya de un “círculo virtuoso”, sino más bien, de un “círculo vicioso” cuyo fin no era más que la degradación y la destrucción de la propia República.



Maestría en Filosofía

<https://bit.ly/MaestriaFilosofia>